

EL CANTAR DEL NORTE

PREMIO EDHASA NARRATIVAS HISTÓRICAS

Con un jurado compuesto por:

Jacinto Antón, periodista cultural del diario *El País*;
Mari Pau Domínguez, escritora y periodista;
Carlos García Gual, editor, escritor y crítico literario;
Sergio Vila-Sanjuán, escritor y director de *Cultura/s* de
La Vanguardia; **María José Solano**, historiadora, editora y
periodista cultural en *Zenda* y *ABC*, y **Daniel Fernández**,
editor y presidente de Edhasa, como presidente
del Jurado.


PILAR SÁNCHEZ VICENTE

EL CANTAR DEL NORTE

La guerrera astur



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: abril de 2025

© imagen guardas: Puntual Diseño del Devoto Santuario que se venera en el Principado de Asturias..., A. Miranda del e M. año 1759 y G. A. Gil, aguafuerte y buril, obra perteneciente a los fondos de la Biblioteca Nacional de España, Madrid.

© Pilar Sánchez Vicente, 2025
© de la presente edición: Edhasa, 2025
Diputació, 262, 2^o1^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6474-3

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 5023-2025

Impreso en España

Sumario

Dramatis personae	9
Valle de Orandi	13
Capítulo 1 ADMIRACIÓN	15
Valle de Orandi	25
Capítulo 2 HORROR	27
Capítulo 3 DIVERSIÓN	37
Valle de Orandi	51
Capítulo 4 CONFUSIÓN	53
Capítulo 5 MILAGRO	63
Valle de Orandi	73
Capítulo 6 ASOMBRO	75
Valle de Orandi	85
Capítulo 7 PREDESTINACIÓN	87
Capítulo 8 TRANSFORMACIÓN	95
Capítulo 9 VENGANZA	103
Capítulo 10 ANGUSTIA	107
Valle de Orandi	113
Capítulo 11 TRAICIÓN	115
Capítulo 12 FURIA	123
Capítulo 13 RABIA	133
Valle de Orandi	139
Capítulo 14 TRISTEZA	141
Valle de Orandi	149
Capítulo 15 DISFRUTE	153

Capítulo 16 INCERTIDUMBRE.	169
Valle de Orandi	185
Capítulo 17 CONFIANZA	187
Valle de Orandi	195
Capítulo 18 AMISTAD.	199
Capítulo 19 FE	209
Valle de Orandi	215
Capítulo 20 ENGAÑO.	217
Valle de Orandi	223
Capítulo 21 EXPIACIÓN	225
Valle de Orandi	237
Capítulo 22 ABURRIMIENTO	239
Capítulo 23 TRIUNFO	251
Valle de Orandi	259
Capítulo 24 DEVOCIÓN.	261
Capítulo 25 PASIÓN	269
Valle de Orandi	277
Capítulo 26 SUFRIMIENTO	279
Capítulo 27 NOSTALGIA	297
Valle de Orandi	313
Nota de la autora	319



DRAMATIS PERSONAE

Abd al-Aziz: valí de Córdoba, hijo de Musa, casado con Egilona.

Akhila: hijo de Witiza y pretendiente al trono.

Albaila: esclava concubina de Munuza, compañera de Sancha.

Alfonso I: marido de Ermesinda, rey astur e hijo de Pedro, dux de Cantabria.

Al Qama: «el Divino», el elegido del profeta, que acude con sus tropas a reforzar a Munuza.

Alí ibn Al-As: primo de Al Qama, alto cargo de Cangas de Onís.

Almuzara: hija de Táriq, esposa oficial de Munuza en el harén.

Ánxela (Aguiletona): capitana de Sancha.

Aurelia Asuera: hija de Suera, barragana de Bernardino, madre de Lucencia y autora de *El cantar de Sancha Asuera* y otros romances presentes en la obra.

Bernardino: cura, amante de Aurelia Asuera, padre putativo de Lucencia.

Chindasvinto: rey visigodo, padre de Recesvinto, Teodofredo y Fáfila.

Cirilo: dueño del negocio de las peleas.

Constanza Asuera: hija de Suera, hermana de Aurelia y Sancha. Curandera.

Egilon: esposa de Rodrigo primero, y de Abd al-Aziz después.

Ermesinda: reina astur, hija de Pelayo y Gaudiosa, hermana de Favila, esposa de Alfonso I.

Fáfila: dux de las provincia astur y cántabra, casado con Luz, padre de Pelayo y Fronilde.

Fakila, doña: dueña de la bodega de Lliberdón.

Favila: rey astur, hijo de Pelayo y Gaudiosa, casado con Froiliuba.

Froiliuba: reina astur, hija de Pedro dux de Cantabria, casada con Favila.

Fronilde: hermana de Pelayo, concubina de Munuza, casada con Osorio.

Gaudiosa: reina astur, mujer de Pelayo, madre de Favila y Ermesinda.

Gervasia (Capitona): capitana de Sancha.

Isabel (Sabelina): capitana de Sancha.

Lampagia: amiga de Suera, maestra sanadora de Constanza.

Lucencia: hija natural de Aurelia Asuera y Bernardino.

Luz: esposa de Fáfila, madre de Pelayo y Fronilde.

Munuza: valí de la Gallaecia.

Musa: Abd ar-Raman Musa ibn Nusair, gobernador y general del califato damasquino de los Omeya en el norte de África.

Oppas: hermano de Witiza, obispo de Toledo y arzobispo de Sevilla.

Osorio: capitán de Pelayo, marido de Fronilde.

Pedro: dux de Cantabria, padre de Froiliuba y Alfonso I.

Pelayo: rey astur, hijo de Fáfila y Luz, hermano de Fronilde, casado con Gaudiosa, padre de Favila y Ermesinda.

Recesvinto: rey visigodo.

Rodrigo: rey visigodo, hijo de Teodofredo y Recilona, primo de Pelayo, casado con Egilona.

Sancha Asuera (Valentona): hija de Suera, hermana de Aurelia y Constanza, compañera de Albaila.

Suera: madre de las Asuera, regatona.

Tárik: padre de Almuzara, vencedor en la batalla de la laguna de la Janda.

Tarif: expedicionario, fundador de Tarifa.

Teodofredo: casado con Recilona, padre de Rodrigo y tío de Pelayo.

Witiza: rey visigodo, hermano de Oppas y padre de Akhila.



Valle de Orandi

Primavera del año 745. Camino del fin

Le aparto el pelo de la frente sudorosa. Las escasas veces que logra abrir los ojos tiene la mirada extraviada, febril. Aunque intentan ir con cuidado, las portadoras de la angarilla no pueden evitar que se balancee, y cada vaivén es un sufrimiento para ella.

–Dejadme aquí, ha sido una idea descabellada –musita.

–Hermana, sabes que jamás lo haría. ¡Ya falta poco!
No me contesta.

Le tomo la mano exangüe y apenas le noto latir el pulso. «Resiste, eres fuerte», pienso. Pero su camino está acercándose al fin, y no tenemos a Constanza, mi otra hermana. Ella hubiera encontrado algún remedio para paliarle el dolor; era especialista en evitárselos a los demás y, sin embargo, se ahogó en los suyos. ¡Cómo la echo de menos! Y fue faltar ella y empezar la enfermedad a consumir a Sancha.

Primero fue Constanza, ahora ella. ¿Qué haré sin vosotras? Conmigo éramos tres, las tres patas de una tayuela que resistió a los envites del tiempo, la guerra y la miseria.

Desconocíamos la fecha exacta de nuestro nacimiento y al que fuera nuestro padre. Nuestra madre fue pródiga en partos y parca en afectos. Cuando ella murió, de todas sus hijas sólo quedábamos nosotras tres vivas, y mañana seré la única. Debo mantener firme el ánimo, aunque por dentro esté rota. Se lo debo a Sancha. ¿Quién, si no, loará su gesta o alabará sus proezas cada noche? Porque aquello que se dice y se renueva ante el fuego, la memoria que pervive en los cuentos de las viejas nunca muere.

Tú te irás, hermana mía, pero para siempre permanecerás en el sentir de las que nos sucedan.

Capítulo 1

ADMIRACIÓN

–Si estás en apuros, silba, y yo vendré a salvarte.

Así permanece Sancha en mis primeros recuerdos: librándonos de todo mal. En cuanto aprendíamos a andar, nos fabricaba un chiflo de madera que llevábamos colgado del cuello. Éramos polluelos bajo su ala protectora.

Sabed que, en esta historia, los hechos no van unos detrás de otros. Suceden en paralelo hasta que se juntan en un momento dado, como corren los afluentes y confluyen para dar mayor caudal al río.

Nuestra madre, Suera, era regatona; compraba al por mayor y vendía al por menor. El vino y el orujo constituían su fuente principal de ingresos, y fueron también su ruina. Nuestro territorio abarcaba desde Xixón a Primoria; esto es, del río Pílon al río Deva. Después de Xixón, parábamos en la ría de Villaviciosa, donde siempre había buen comercio gracias a las muchas naves fondeadas. Procurábamos escapar del control de la torre, pues, si te pillaban merca-deando, te obligaban a pagar el impuesto correspondiente, que en nuestro caso era de vino.

Desde ahí nos dirigíamos tierra adentro, de aldea en aldea, con parada obligada a repostar en Lliberdón, en la villa de doña Fakilo, quien nos proveía del licor. La competencia nos la hacían los monasterios con viñedos propios,

en aquellos tiempos todavía pocos, aunque su vino muchas veces era peor.

–Estos hideputas con faldas elaboran vinagre en vez de vino, y encima lo venden más barato. ¡Y eso pasa por no tratar bien las cubas y cocerlo mal y pronto!

Sancha acusaba a los religiosos de tirar los precios y de la penosa calidad de sus caldos, pero, cuando se atrevió a exponerlo ante doña Fakilo, no encontró eco.

–No seré yo quien los cuestione. Si se ponen en mi contra, podrían hasta cerrarme la bodega o incautarme los toneles.

–En ese caso, deberías cobrarnos menos tú también. Nosotras tenemos que ganar algo, y, si nuestro vino es más caro, no importará que el caldo sea imbebible: los villanos acudirán como moscas a los monasterios.

–¡Siempre estás igual! Anda, vigila a tu madre, que se va a caer dentro de una tina...

Ésa era Sancha, velando por nosotras mientras madre se desentendía. Regateaba y protestaba en cada entrega, pero su razón tenía: los monasterios benedictinos que empezaban a surgir competían deslealmente con las bodegas de siempre, y las extensas plantaciones de algunos ya superaban las de doña Fakilo.

Las villas y las parroquias siempre se abastecían de lo necesario para su consumo: escanda, cebada, fabes y berzas, así como manzanas para la sidra, huevos y gallinas. Del resto se proveían mediante la merca ambulante. La marina era propicia para las ventas. En nuestras tierras, una vasta extensión de valles abiertos y ríos caudalosos, los pueblos son más grandes, hay pastos para el ganado y mayor trasiego de gente. A las altas cumbres, con sus profundas gargantas y abruptas quebradas, íbamos poco; eran más bien sus escasos habitantes quienes bajaban a las aldeas próximas para vender leche, quesos y miel. En la media montaña, és-

tas estaban formadas por algunas cabañas y casuchas aisladas agrupadas en torno a una ermita, casi siempre erigida por un rico donante en agradecimiento a un milagro portentoso. Solían ser de madera, aunque empezaban a menudear las obras de cantería, y las visitábamos en procesión, sin falta, cuando se celebraba la fiesta en honor del santo o la virgen artífices de tal divina intervención.

Sancha no tenía pelos en la lengua:

—Otra iglesia de piedra... ¡Dios sólo beneficia a los ricos! ¡Mejor ayudaban a los que no tienen más que piedras para comer! ¿O es que la ostentación abre las puertas del cielo?

Si entonces se abrían canteras y se talaban árboles, ahora todavía más. Es el signo de los nuevos tiempos. La madera es básica para la construcción, escoba para los techos, aperos de labranza y leña para el hogar; pero los bosques también nos proporcionan alimento, sobre todo castañas para los potes y nueces para el aceite. Durante muchos años, las Asuera vivimos de recolectar lo que natura da y nos hartamos de arándanos, moras, higos y grosellas. Para Sancha, el bosque era su hogar, y se enfadaba al ver grandes extensiones al descubierto.

—¿Y la caza? ¿Dónde van a vivir los animales? ¿Qué vamos a comer ahora?

Nos repartíamos las tareas. A Sancha se le daba bien la flecha y la lanza; a mí, la honda y la pedrada, y a Constanza, las trampas. No era fácil hacerse con tejones, liebres, comadreja y urogallos, las piezas más preciadas. Espetados en la hoguera, eran sabrosos manjares que cambiábamos por truchas y salmones cuando nos cruzábamos con algún pescador. Los jabalíes, raposos y venados, cuya carne seca duraba todo el invierno, eran más valiosos aún, pero para cazarlos era necesario juntarse con más gente y organizar batidas, y siempre había lío en los repartos.

Las piezas mayores quedaban reservadas para los señores, que te podían multar si matabas a un ciervo o a un oso en sus dominios, aunque fuera en legítima defensa. En caso de borrasca y tempestad, así como en época de nieves, estaba prohibido cazar liebre, perdiz o cualquier otro animal con ningún instrumento. Así eran tantas las multas, pues es precisamente en el frío invierno cuando se pasa más hambre y más mortandad se padece. ¿Y quién tiene valor para dejar morir a un hijo?

Las Asuera siempre vivimos en la escasez, al filo de la necesidad. Mi madre tuvo muchos embarazos, casi uno al año, la mayoría frustrados, pues para algo consumía ruda y perejil a diario. Si algunas sobrevivimos, se debió a que fue consciente de estar preñada demasiado tarde más que a la voluntad de traernos al mundo. Juana y Catalina vinieron entre Constanza y yo, y Sabina, detrás de mí.

Sancha no soportaba su promiscuidad. Cuando se enfadaba, la acusaba de venderse como una prostituta, pero madre no llevaba los atributos propios ni oficiaba por los caminos y posadas. Su problema era que le gustaban demasiado los zumos de uva fermentados, y a los licores seguían lisonjas y magreos. Tenía la tentación en casa y, a pesar de que siempre juraba que «sólo una gota para probarlo» y de que Sancha aplicaba sello de cera en los recipientes, ella siempre se las arreglaba para beber.

Los mercados proliferaron en aquellos tiempos, cada lugar tenía uno semanal. Una vez al año, coincidiendo con la fiesta del santo patrón, se celebran las ferias, con un mercado mucho más grande. En ellas, mi madre siempre se ponía junto a Lampagia, la sanadora. Quitando a las borraquinas que se le arrimaban, era la única amiga que le conocimos. Lampagia llegaba, desplegaba la saca que llevaba al hombro y no le hacía falta pregonar su mercancía, pues siempre había gente esperando para recibir sus reme-

dios. Arreglaba torceduras, males de barriga y vientre, dolores de muelas y cabeza... Solía ir con ella su hija, una mujer de hocico grande y colmillo retorcido, arisca y antipática, que se encargaba del cobro y no tenía piedad de los más menesterosos, por enfermos que estuvieran.

—¿Dónde se ha metido vuestra madre? ¿Ya está en la taberna? Anda, hacedme un hueco...

—Llegas tarde, Lampagia. Mira qué cola tienes.

—No te quejes, Sancha, que mientras me esperan tra-siegan tu vino.

Al otro lado solía ponerse una mujer que metía mucho miedo, pues sus ojos miraban uno para cada lado y nunca sabías para cuál. Tenía fama de bruja, como Lampagia, que de eso acusaban tanto a las santeras como a las sanadoras. Ésta se ocupaba de enamoramientos, hechizos, odios, maldiciones, embrujos..., y tenía remedios para la tristeza, para la suerte, para tener hijos, para estar alegre, para hacerte rica; para todo. No era la única que pasaba el agua, te leía la palma de la mano o adivinaba el porvenir, pero ninguna otra vendía en tal cantidad amuletos, velones, talismanes y toda suerte de figuritas y colgantes. Los hacía con cera y con madera, y cada uno tenía su ritual específico.

Recuerdo como si fuera hoy el día en que nos regaló nuestro animal protector a cada una, atribuyéndole poderes mágicos. Estábamos en plena canícula, a la hora de la misericordia, en una mañana tórrida. El flujo de gente había bajado y, recostadas y aburridas unas sobre otras, nos abanicábamos con manojos de paja.

—Tomad, los he hecho para vosotras. A Sancha, el oso, por ser fuerte y a la vez protectora. A Constanza, la comadreja, adorable y huidiza. Y a ti, Aurelia, el petirrojo, por tu incesante canto.

Siempre llevo mi raitán al cuello, junto con el silbo de Sancha. Tengo más amuletos y una cruz, pero éstos fue-

ron los primeros. Son el recuerdo de la infancia, aunque el tiempo los ha gastado, como a mí.

–¡Sólo le falta cantar! ¿Qué madera es? –pregunté, admirada.

–Ay, hija, están hechos con las tablas de ciprés de la mismísima arca de Noé, de ahí sus propiedades. Mirad, éstos son una réplica de los animales que se salvaron del diluvio. –Nos mostró unos de mayor tamaño, muy coloridos–. El unicornio, que te persigue con su cuerno para darte caza; la mantícora, fijaos, tiene la cara y la barba de un hombre, cuerpo de león y cola de escorpión con agujones en cada lado; y el dragón, el animal más enorme y temible de la tierra, con el cuerpo cubierto de escamas y que echa fuego por la boca.

–¡Menuda estafadora estás tú hecha! –le espetó abruptamente Lampagia–. ¿Alguna vez has visto un dragón? Hablando de animales..., tú sí que eres una zorra, astuta y engañosa. ¡No le hagáis caso!

–¿Estafadora, yo? A ti es a quien llevarán presa por ejercer medicina sin licencia. A mí, no.

–¡Protección contra monstruos, blemias y quimeras! ¡Paparruchas!

–¿Crees que no sé que la poción curalotodo que vendes a dos cobres es agua de lluvia con zumo de mora?

–¡Callaos las dos! Que estáis siempre igual

Se hizo el silencio.

Si Sancha mandaba callar, surtía efecto de inmediato. Volví a mi lugar. Zumbaban las moscas y, al ponerme el colgante, me saqué unas avispas de la nuca, enredadas en el pelo sudoroso. Hacía mucho calor y no habíamos conseguido sombra, así que todas estábamos sofocadas y de mal humor. Contemplé, distraída, una gota de sudor que me bajaba por el canalillo. Empezaba a tener pechos, aún no tan abundantes como los de Sancha ni tan redondos como

los de Constanza, más bien picudos. ¿Debería usar corpiño ya? De repente, unas voces conocidas me sobresaltaron.

–¡Ni se te ocurra! ¡Deja la jarra en su sitio! Un día te mato, madre... No puedes vaciar el odre que traemos para vender.

–Sancha, hija, sólo un trago, que con esta solana voy a desmayarme.

–¡Bebe agua! Ve a por ella a la fuente y así te despejas. Toma. –Le puso en las manos un cántaro, desabrida–. ¡Y deja ya de levantarte las sayas ante cualquier cabestro! ¡No se te ocurra volver preñada, que ya no podemos alimentar más bocas! –la amenazó con tanta crueldad como razón.

Lampagia salió en su defensa mientras ella se alejaba dando tumbos:

–No deberías tratar así a tu pobre madre...

–¡Qué pobre madre ni qué niño muerto!

–Eres demasiado dura con Suera. Sufrió una infancia desgraciada, nunca supo qué era una familia.

–Somos más pobres que las ratas, sólo nos falta pedir limosna puerta a puerta, no creo que lo suyo fuera peor.

–¡Si hubieras conocido a tu abuelo...!

–¿Otro borracho como ella? ¿De ahí le viene?

–Mucho más grave. Tu abuela murió al dar a luz a Suera, y, a falta de mujer, él la tomó desde niña. Bebía mucho, y le daba a ella también antes de embestirla. ¡Cuántas veces la vimos embriagada cuando apenas levantaba un palmo! Aunque en el pueblo se conocía de sobra lo que sucedía bajo aquel techo, nadie hacía nada para impedirlo; ya sabes, en todas partes cuecen fabes...

Aquello nos dejó heladas. Jamás madre nos había contada nada; de hecho, la creíamos huérfana. La imaginamos violada repetidamente por el hombre que según las leyes divinas y humanas debía protegerla. Muchas veces habíamos protestado por carecer de padre, pero, visto el suyo,

quizá no quiso adrede ligar su vida a un hombre para preservarnos de un trato similar.

—¿Tú tampoco la ayudaste? ¿No eras su amiga? —preguntó la sensible Constanza, al borde de las lágrimas.

—¡Pues claro! En cuanto le llegó la primera menstruación, le proporcioné unas hierbas que impiden que prenda la semilla. La progenie entre miembros tan cercanos de la familia produce monstruos. Y luego mi tío consiguió que entrara como sierva de doña Fakilo.

El pasado lo explicaba todo. Sin embargo, no por ello se disculpaba que Suera fuese un desastre como madre. Hasta su muerte, mis recuerdos se funden en una voráginе sin sentido. La veo siempre embarazada, o tal vez se le había dilatado el vientre de tanto parto y tanto alcohol. Tenía la mano ligera, la cara enrojecida y un surtido de juramentos que ruborizaba al más fiero. Si nuestro sustento hubiera dependido de ella, nos habríamos alimentado sólo con gachas de harina negra. Tan pronto nos apretaba contra su pecho llorando por la existencia que nos daba como nos arreaba un sopapo sin venir a cuento. Y, en ocasiones, desaparecía días enteros para reaparecer dando tumbos y con la ropa desgarrada. Tardé en entender por qué Sancha mascullaba entonces con la boca torcida: «Pronto seremos una más». Desde que tuvimos uso de razón sufrimos su abandono; aun así, lo peor era soportar las burlas y el escarnio tan frecuentes hacia ella, pues también nos alcanzaban a nosotras.

«Putas las hijas».

Madre se bebía nuestras escasas ganancias y no pagaba lo que debía, y por ello había lugares en los que no nos dejaban entrar y otros que esquivábamos por no ser bien recibidas.

Sancha se hacía cargo de todo. Siempre fue recia y dura como un roble. Ella era la cabeza de nuestra familia,

la fuerza que nos unía, nuestra defensora cuando las cosas se ponían feas, algo desgraciadamente habitual. Valiente y decidida, más que cualquier hombre, tenía siempre los puños preparados. En parte por protegernos y en parte por ser de su gusto, vestía casi siempre ropas de varón, y con uno la confundían la más de las veces...



Valle de Orandi

Está oscureciendo. Si no nos damos prisa, se nos hará de noche. El sendero casi llano que transcurre paralelo al río desde Cangas de Onís asciende abruptamente después de Cova Longa, hasta el Valle de Orandi. Vuelvo la vista atrás y contemplo emocionada la fila de mujeres que serpentea por el camino. Algunas portan ya antorchas encendidas. Al lado de amigas y vecinas están las que fueron sus compañeras de batalla. Las que quedan vivas, claro está. Sabelina ya dejó este mundo; se quebró la cadera en una caída y se fue pudriendo por dentro. Sí nos acompaña Aguiltona, que ha venido desde Cuerres llevando encima ese collar suyo de plumas de águila que provoca admiración entre las más jóvenes. Camina al lado de la Capitona de Villaverde, con su estrambótica pañoleta anudada en picos. Aunque ambas tienen ya el pelo blanco y abundantes arrugas, conservan el mismo andar recio y paso largo de siempre, aunque más lento.

Se ha incorporado también Ermesinda, la hija de Pelayo y actual reina, pese a que Alfonso no lo veía con buenos ojos, pero si a él lo llaman rey es por estar casado con ella, y no puede negarle nada. Si discutido fue el nombra-

miento de Pelayo y también la sucesión tras su muerte, no hubo porfía para establecer la capitalidad del nuevo reino en Cangas. Es otra de las razones por las que Ermesinda ha venido, para rendir tributo a Sancha, pues ella fue su conquistadora.

Al lado de las parihuelas, siempre atenta, camina Albaila. Apenas se distingue su origen sarraceno bajo la saya cristiana. Son muchos años con nosotras, ya es una más de las Asuera, y con el tiempo se nos ha hecho imprescindible. Es la única que parece no haber envejecido. Lleva cruzada la funda de su cítara, el instrumento que la acompaña y que habla por ella, capaz de hacernos reír o llorar con su son. En ocasiones, su mirada se pierde en el vacío, el viento del desierto le mete arena en los ojos y se le escapa una furtiva lágrima. Es duro el desarraigo, el convertirse en sospechosa por ser extranjera.

Capítulo 2

HORROR

Mi hermana Sabina era hermosa. Recuerdo su melena rubia y su cara angelical. Creció como una flor en el estercolero, hasta que un cerdo se la llevó. Tenía sólo siete años.

No tuvo piedad.

–No lo hagas, madre. Ese mastodonte no la quiere como criada, ¿no ves con qué lascivia la mira? –Sancha era como un mastín, y nosotras, sus ovejas.

–¡No seas ceniza! Nos dará buenos dineros por ella y será una boca menos que alimentar.

–¡Te arrepentirás!

Sabina se despidió entre abrazos y lágrimas. El dinero duró el tiempo que dura un charco al sol. Unos meses después, aquel monstruo nos devolvió su cadáver.

–No valía para nada, era una floja –soltó con desprecio.

La llevaba sobre el caballo, envuelta en un lienzo, y nos la arrojó al pie del carro, sin bajarse siquiera. En su cuerpo luego descubrimos las pruebas del delito: los moratones, el desgarró. Con ella en brazos, nos presentamos ante el juez, quien se creyó que se había caído de lo alto de un pajar sobre un tridente.

–Fue culpa de la cría, era una descuidada, y estas brujas me acusan ahora para sacarme dinero.

Él era un hombre notable, y nosotras, unas villanas. Pretendía incluso que le devolviéramos la dote. Salió libre.

Hubo que sujetar a Sancha o los hubiera matado, a él y al juez. Sólo se apiadó de nosotras el cura; ante nuestro dolor, no nos cobró los dos tremises por el entierro e hizo la misa gratis. Cuando le dimos sepultura, Sabina era una flor tronchada. Aquel animal la había usado hasta dejarla sin savia. Yo preferí ignorar las acusaciones de Sancha. No quise creer que madre la malbaratara a sabiendas. Por lo menos, aquello sirvió para que no nos vendiera a las demás.

* * *

Juana era un trasto, un culo inquieto. Donde había un lío, allí la encontrabas. Además, era amiga de lo ajeno. Pronto se alió con unos raterillos que operaban en los mercados, y raro era que no apareciera con alguna moneda o algo de valor. Lo malo fue que un día le robaron la faltriquera a la persona equivocada. Cuando el colérico caballero ofreció recompensa, alguien señaló a mi hermana. La detuvieron y exigieron que devolviera lo hurtado, pero Juana no llevaba nada encima y lo negó todo.

—Si dice que no fue ella, es que no lo hizo. Podrá ser una ladronzuela, pero no es mentirosa. Con ella iban un montón de arrapiezos, ¿por qué tuvo que ser Juana y no los otros?

Sancha la protegía entre sus brazos, contando con que, como era una niña, el castigo se limitaría a una reprimenda, como mucho a la prohibición de volver a pisar aquella maldita aldea. Pero aquel hombre se la arrancó con ayuda de los guardias. La sonrisa displicente y retardora desapareció de la cara de Juanilla al verse con las manos atadas. Rápidamente se montó un tribunal de oficio, pues aquel hombre era un *thiufadii*, un soldado godo reconvertido en juez, y aplicó sobre ella la ley de forma implacable. Pese a ser una chiquilla, tampoco tuvo piedad. Exigió que fuera

latigada y arrojada al río en una saca de cuero con un gato, un gallo y un perro, a ver si así confesaba su delito.

Por más que apelamos a su corazón y a su conciencia, los guardas ejecutaron el dictamen entre el regocijo del populacho canallesco y la impotencia de las buenas gentes, que unieron sus lágrimas a las nuestras. La arrojaron al agua, y fuimos corriendo a esperarla en un meandro. Sancha, Constanza y madre se apostaron en medio del cauce y, aun con peligro de ser arrastradas por la corriente, lograron detener la saca. Juana ya había perdido la razón cuando la sacamos llena de mordiscos y arañazos. Murió al cabo de pocos días, entre espantosos gritos. Ni todos los emplastos del mundo pudieron salvarla de las heridas infectadas.

Las monedas jamás aparecieron.

* * *

Fue a partir de entonces cuando Constanza decidió que sería sanadora, como Lampagia.

—Quisiera aprender de ti —la abordó un día que su hija no estaba—. Sé preparar las pociones elementales contra los enfriamientos y males de la barriga, y también cataplasmas para los dolores. Y cuido a mi madre y mis hermanas cuando enferman. A veces dejas a gente sin atender, yo podría ayudarte.

—Ya me fijé en tus cualidades cuando sucedió lo de la pobre Juana... Si tu madre te da permiso y tus hermanas se arreglan sin ti, cada vez que coincidamos puedes arriarte y mirar. Trabajarás a cambio de una escudilla.

Por supuesto, madre concedió el permiso, y, como no podía ser menos, Sancha cerró el acuerdo con mejora a nuestro favor.

—De los que ella cure le tocará parte, ¿no? ¿O pretendes convertirla en tu sierva? Constanza es mejor que esa

antipática de hija que tienes, y lo sabes. En nada, mi hermana te quitará la clientela y tendrá su propia cola.

Llegaron a un trato, y Constanza, con una cara de felicidad como nunca le habíamos visto, empezó a sentarse con la curandera y no con nosotras, e incluso pasó un tiempo en su casa como servidora. La hija de Lampagia la trataba como a una escoba, pero a mi hermana no le importaba fregar ni ir por agua a la fuente mientras la vieja le enseñara los secretos de la curación. Aprendió a mirar la lengua, el blanco de los ojos, a tomar el pulso y oler la orina, a pulsar la fiebre y a palpar buscando inflamaciones, a elaborar bebedizos, pócimas y, con raíz de mandrágora y árnica, untos efectivos contra el dolor. Pronto adquirió buena reputación, pues acertaba con las soluciones mejor incluso que su maestra, y solamente con ponerte las manos encima adivinaba el origen del mal. El problema era que cada sanación la dejaba exhausta.

—Tienes un don —le dijo un día Lampagia—, pero si no sabes manejarlo acabará contigo. No puedes absorber el dolor de los demás, debes aprender a expulsarlo. No dejes que los males ajenos se apoderen de tu espíritu.

Pero Constanza era incapaz de aislarse. De noche, se retorció en la cama, angustiada, repasando los remedios para las personas que había atendido durante el día y pensando si en algo se había equivocado. Cuando, con el tiempo, las veía por la calle, vivitas y coleando, y venían a darle las gracias por haberlas curado, le reprochábamos su inseguridad. No obstante, el miedo de no haber acertado o de que murieran por su culpa la despertaba cada noche. La falta de sueño le crispaba los nervios. Y el remordimiento agudizó pronto tamaña crispación.

* * *